



DOMINGO II DE ADVIENTO

Nos encontramos en el segundo domingo de Adviento. Al leer el Evangelio puede sorprender a alguno que el Bautista enviase a sus discípulos, siendo él el precursor, a preguntar ¿Eres Tú el que viene, o hemos de esperar a otro?”. ¿Acaso no lo sabía San Juan, preguntará alguien? La solución generalmente adoptada por los autores católicos es que el Bautista no envía a sus discípulos a Cristo para que le responda a él, quitándole su supuesta duda, sino para que la haga desaparecer de sus discípulos, ya que por el influjo sobre su “círculo”, no acababan sus discípulos de incorporarse al Mesías, máxime cuando el Sanedrín llegó a pensar en la posibilidad de que el Bautista fuese el Mesías. En dos pasajes evangélicos se muestran celos los discípulos de Juan ante el prestigio y obra de Cristo (Mateo 9, 14-17; Juan 3, 23-26). Y Ya en otras dos ocasiones el Evangelio muestra al Bautista encaminando a sus discípulos a que sigan a Cristo, diciendo que Cristo era el Cordero de Dios, y que era preciso que Él crezca y yo mengue (Juan 1, 29-36; Juan 3, 30). Pero a pesar suyo, algunos de los que seguían a San Juan Bautista, tenían envidia de los discípulos de Cristo.

Pecado capital es la envidia ¿Y en qué consiste? La envidia es la tristeza del bien ajeno. La maldad se alegra del mal ajeno, la envidia se entristece del bien. Son muy próximas, y por eso a veces se toma una por otra. La *emulación* es un dolor del ánimo existente cuando vemos que alguien obtiene una cosa, que apetecíamos varios, pero que no podía ser lograda nada más que por uno solo. Su remedio es la paz, por la que deseamos alcanzar aquello que convierte en uno a todos los que lo apetecen y consiguen; es la regla en el cielo, porque allí poseemos lo que amamos en el prójimo. La *envidia* es un dolor del alma, que ocurre cuando vemos que alguien, al que

consideramos indigno, alcanza un bien, aun cuando nosotros no lo procuramos. Su remedio es la mansedumbre, por la que cada uno se somete al juicio de Dios, sin oponerse a sus designios.

Es un pecado muy general que afecta a una inmensidad de almas como es patente a casi todos. Pero si alguno se cree exento de este pecado y santo, más le vale temer, pues no sea que pierda la santidad ¿cómo? Por la soberbia. La santidad del casto se puede perder por el adulterio, pero también por la soberbia. Y San Agustín dice que los casados humildes son mejores que los castos soberbios. Fijaos en el demonio ¿creéis que Dios podrá acusarle de adulterio o de fornicación? Quien no tiene cuerpo nada de eso podrá cometer. La soberbia y la envidia le enviaron al infierno.

Cuando la soberbia se apodera de un siervo de Dios, inmediatamente acude la envidia. El soberbio no puede por menos de ser envidioso. Porque la envidia es la hija de la soberbia y esta madre no conoce la esterilidad. En cuanto nace, inmediatamente da a luz. Para que no exista en vosotros la soberbia y la envidia debéis pensar más en lo que aún os falta que en lo que tenéis. Cuida de perder lo que tienes y pide a Dios que te dé lo que te falta.

Su remedio es la caridad, solo la caridad es la que vence, sin la cual, todo lo demás nada vale. Ella no envidia ¿sabéis por qué? Porque no se hincha. El primero de los vicios es la soberbia, e inmediato de él, la envidia. La envidia no engendra la soberbia, sino al revés. ¿y qué envidioso no desea el mal a aquel cuyo bien le atormenta? Y la envidia, pues, engendra como consecuencia natural la maldad de la que proceden el dolo, la adulación, la murmuración y toda clase de males que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros. El cuerpo del diablo está formado por soberbios. Por esta razón muchos inicuos quieren parecer buenos, y de aquí surge que nada le sea tan duro como confesar sus culpas, y que, siendo malos, tengan que envidiar a los verdaderamente buenos. Los falsos justos, que quieren aparentarlo, sin serlo necesariamente, envidian a los que lo son de veras, e inmediatamente comienzan a buscar la forma de hacerles perder el bien de que pueden gloriarse. Quien primeramente lo hizo fue el diablo que, al perder el reino de los cielos, no quiso que lo alcanzase el hombre. Por tanto, como el demonio es soberbio, y por tanto envidioso, los envidiosos y soberbios componen su cuerpo.

Oremos, no por el que ya no puede corregirse, Satanás, y pidamos por los que todavía son capaces de enmienda diciéndoles ¿Por qué tenéis envidia? ¿Queréis parecer buenos? Pues mirad qué fácil es. Sedlo, y así amaréis a los que ahora envidiáis. Así tendréis lo que ahora os da pena que otro tenga. Y, al verlo le amarás y te amarás a ti en él, y él en ti. Porque si envidias a un rico, no está en tu mano adquirir las riquezas; si envidias a un honorable y encumbrado señor no es fácil emular su categoría; si envidias la belleza no puedes hacerte hermoso; si envidias a alguien fuerte y robusto, quizá no puedas adquirir su fuerza; pero si envidias la virtud, es cosa tuya, con la gracia de Dios, aun cuando ahora te duelas que la tenga otro. En esta ocasión no necesitas comprar lo que te falta y otros poseen. Se encuentra gratis y pronto.

Nadie envidie los dones espirituales, pues somos un solo cuerpo. Porque muchas cosas se dan para la manifestación del Espíritu Santo, y quizá tú no poseas ninguna de ellas. Pero si amas tienes mucho, y si amas la unidad has alcanzado lo que poseen cuantos viven en ella. Suprime la envidia y obtendrás lo que celabas en otro, y el otro al que antes envidiabas poseerá lo que tú tienes, según el modelo al que estamos llamados a vivir eternamente en el cielo, y que me gusta

repetir hasta la saciedad: Allí tendrás todo lo que amas en otro; y a lo que eternamente estamos llamados, ha de ser incoado y vivido ya en nuestro peregrinar a la Patria, en esta tierra. La envidia separa, la caridad salvadora une. Todos somos miembros de un mismo cuerpo. Sólo el ojo ve, pero no para su propio y exclusivo provecho suyo. Si ve venir un golpe al pie lo avisa. También la mano es la única que trabaja, pero en bien de todo el cuerpo. ¿Acaso cuando un golpe amenaza el rostro se está quieta, diciendo qué me importa si el golpe no viene hacia mí? Del mismo modo, si amamos a la Iglesia alcanzamos el Espíritu Santo, y sabemos que le amamos, si permanecemos en la unidad y amor. Y debemos reconocer que no le amamos si injuriamos, calumniamos, murmuramos, envidiamos o tenemos celos de nuestros hermanos en el episcopado, en el sacerdocio, o de aquellos seglares a los que El Espíritu Santo ha querido ilustrarlos con dones, que a nosotros no le plugo concedernos, pero que tendremos si amamos y no envidiamos. Recordad, hijos, que la envidia es pecado mortal *“ex genere suo”*, porque se opone a la caridad, vida del alma, que se alegra del bien del prójimo, y a la misericordia, la cual se entristece del mal de éste. Es venial, a veces, bien por defecto de advertencia, o por la pequeñez de la cosa envidiada.

Pues, los que venís a la Iglesia de Cristo, hoy un *pusillux gres* esparcido por los rincones de la tierra, ¿Qué habéis venido a ver al desierto, donde se encontraba el Bautista, y hoy la Iglesia? Porque la Iglesia, que es el Cuerpo Místico de Cristo, no es un testigo corruptible semejante a una caña hueca que bambolea el viento, sino a un tronco robusto que no puede torcerse. En ella a pocos encontraréis que viven muellemente, pues éstos visten suntuosamente en los palacios episcopales regalados que antaño eran de la Iglesia y han sido todos usurpados. Y a los verdaderos sucesores de los apóstoles los encontraréis, empero, viviendo en modestas viviendas, privados de hasta de lo comúnmente necesario en comida y vestido, dependiendo en todo de la caridad de los fieles católicos. Pobre de espíritu es hoy la Iglesia y por eso inflexible en la doctrina, liturgia y virtud.

Pero hay muchos miembros secos, separados de la Vid, Cristo vida nuestra, que se desvían de ella por temor a la pobreza, al qué dirán, a perder su fama de *“santitos de papitos colorados”*. Y otros, se desvían, a pesar de estar llenos de insignias, escudos, mitras, solideos y títulos eclesiásticos, sotanas, y de toda apariencia falsa, de miembro de la iglesia tradicional, por amor al dinero, a la raza, al poder, al honor, al autoritarismo. Estos son cañas que el viento mueve a cualquier lado, según de donde sopla el viento (hoy son cismáticos, mañana dicen que son conclavistas, para al siguiente día negarlo, y volver al cisma y a sus negocios) porque todo tiene en ellos un perfume putrefacto de simonía-, o a cosas peores, porque no aman a Dios, y carecen del temor de ofenderle.

Y existe el riesgo de escandalizar a quien viene al desierto desde la secta conciliar estéril y sin sacramentos, y así con probabilidad de perder su alma. Desierto- en el sentido espiritual-en el que se encuentra hoy el Cuerpo de Cristo, y en el cual aún no se ha separado del trigo la cizaña para echarla al fuego eterno. Pero peor aún es la situación de los miembros agangrenados que escandalizan y son la causa de que se pierdan las almas. De estos dice Nuestro Señor Jesucristo: **«¡más le valdría a ese hombre no haber nacido! Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: -y al igual que Judas debe preguntarse cada uno- «¿Soy yo acaso, Maestro?»**». Roguemos para que no nos responda: **«Tú lo has dicho»**.

¿Te escandaliza hijo mío, ver entre los miembros de la Iglesia a muchos que fueron pecadores, grandes o pequeños? ¿Acaso pues, te escandalizan los milagros de Cristo, que manifiesta a los seguidores del Bautista? Entiende, hijo, que todo el género humano se parece a ese sordo, y a ese ciego que han perdido el conocimiento de Dios y no pueden verle ni oírlo; a ese cojo, que sin norma alguna para sus costumbres disolutas, no puede caminar recto, ni aún sostenerse siquiera; a ese leproso y a ese muerto que, sin encontrar quien le separe del pecado, no puede purificarse de sus manchas. Jesucristo devuelve el oído a ese sordo y la vista a ese ciego cuando predica la fe; endereza a cojo, al dar la norma de la moral; limpia al leproso y resucita al muerto, cuando concede a la Iglesia el poder de perdonar los pecados. Estos son los tres milagros con que Cristo nos prueba su divinidad. Estas tres grandes pruebas de la divinidad de Cristo ¿son las que motivan tu escándalo e ingratitud? ¿La profundidad de las verdades de la Fe te levantan en rebeldía contra la autoridad de Nuestro Señor? ¿Lo propicio de sus normas morales te mueven, quizá a quejarte de su rigor? ¿La facilidad del perdón se te convierte en abusar de su paciencia y mirar solo la paja en el ojo ajeno, y jamás la viga en el tuyo?

¿Te escandaliza la existencia de tanto mal? Mi oratoria es muy deficiente para explicarlo, por eso, permitan acogerme a las palabras de un gran enamorado de Cristo, que fue Werenfried van Straten, al que le surgió la misma desazón, y sólo una vez entendida, entregó toda su vida a Nuestro Señor.

En su obra, *Dios Lloró en la Tierra*, escribe: «(Dios) sereno y serio, como un niño que juega en la orilla, deja correr arroyos de dolor a través de la palma de su mano, hasta que se convierten en lágrimas de remordimiento y penitencia. Con rápido ademán, convierte los verdugos de la humanidad en instrumentos de eterna salvación. Los elige como carpinteros de la inmensa cruz de la Redención, de la que su Hijo quiere permanecer suspendido y sangrante hasta el fin de los tiempos, para atraer a sí a todas las gentes. Dios bendice el odio estéril y la diabólica ansia de destrucción de los tiranos y de los perseguidores de la Iglesia. Y mirad, ved los buenos frutos de la alegre resignación y la dulce paciencia de los corderos que quieren seguir al cordero de eternidad en eternidad. Las ruinas humanas, señaladas por su gracia, se convierten en compañeros de destino del Hijo suyo en el Gólgota. Así es como la humanidad flagelada lleva la corona triunfal del Varón de dolores hasta el glorioso desfile del Juicio Universal. Pero Dios va más lejos y corona como mártires y santos a las víctimas de la violencia bruta y de los atropellos (...) Dios bendice su lucha y sus derrotas; sigue a lo lejos con la mirada las profundas caídas en los abismos de la humillación; y sonríe ante su terror infantil, porque conoce su elevación futura (...) Por otra parte, Dios se vuelve con todo su poder contra los desalmados campeones de la injusticia, a quienes ha concedido poder y libertad para crucificar a los hijos de sus escogidos. Dios ha medido el tiempo de los malvados. Y, cuando ve que la medida de sus pecados está colmada, los arroja de sus tronos para saciarlos, a su vez, de tormentos. Pero el repudio de Dios debería curarles. Por ello, con infinita paciencia, Dios espera y esperará hasta que pueda recoger a todos los hijos pródigos y estrecharlos contra su corazón de padre que nunca ha cesado de amarlos: (...) pero también existen quienes en su arrogante lucha contra el amor de Dios persisten en el mal hasta el fin. Constituyen el negro escuadrón de los condenados por toda la eternidad. También su maldad es trocada por la mano, ahora fuerte y férrea, de Dios, en testimonio de su divina justicia. El rechinar de dientes de los condenados no se atenuará nunca y proclamará eternamente que fue justo el castigo de Dios.»

¿Te escandaliza la persecución y el estado reducido del Cuerpo Místico de Cristo, y la conjura del mundo contra la Iglesia? Sabe, pues, que la fe cristiana nunca mendigó socorro a nadie.

Ella se formó defensores intrépidos, que no sabiendo más que confesarla y morir, corrieron a la muerte con tal ardor que asombraron a sus verdugos, hasta obligarlos con su paciencia a derogar las leyes persecutorias. Orando, sufriendo, muriendo, les hicieron avergonzarse de sus leyes, hasta tener que cambiarlas. Y de igual forma, amando la cruz y deseándola, serán vencidos los actuales perseguidores de la iglesia, y no hay otra que la cruz victoriosa.

¿Te escandaliza que haya algunos miembros libertinos encenagados en sus bajezas, tiranos, racistas, hombres dos veces muertos? Esto ocurre porque primero han perdido la caridad, y segundo porque han perdido la fe, y se han desarraigado totalmente de la Iglesia, aunque se les vea triunfar en las reuniones con sus seguidores envenenando las almas. Busca, pues, otros pastores que permanezcan en la Iglesia. Sin embargo, Nuestro Señor dijo: *“Imposible que no haya escándalos o tropiezos (...) pero ay de aquél por quien vengan”* (Lucas 17:1). Lo importante es que no seas tú, hijo, parte de ellos.

¿Te escandaliza, hijo, que haya incluso obispos que prefieran por encima de todo defender su honra ofendiendo a Dios? Escucha, pues, a Santa Teresa de Jesús diciendo: *“Crean por amor del Señor a esta hormiguita que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga- el amor desordenado a su honra-para que a todo árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, pero todas carcomidas. No es árbol hermoso el que no medra, ni aún deja medrar a los que están cerca de él. Porque la fruta que da, incluso, el buen ejemplo, no es nada sano; poco durará. Muchas veces lo digo, que por muy poco que sea el punto de honra es como el canto del órgano, que un punto o compás que se yerre, es disonante toda la música, y es cosa que todo lugar hace daño al alma más en este camino de oración es pestilencia. Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir los consejos de Cristo, cargados de injurias y testimonios, ¿Y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, ya que no van por el buen camino. Porque el Señor llega al alma esforzándonos nosotros y procurando perder nuestro derecho en muchas cosas. Pues, que la falta de perfección de los que aman más su honra que a Dios, no sea motivo para ti, sino para rogar por ellos de manera que en algún estado o tiempo logren su unión con Cristo, porque están aun infinitamente lejos. Que no sea ello ocasión de separarte tú, sarmiento de Cristo, de la Vid.*

¿Te escandaliza, hijo, los enfrentamientos entre fieles sujetos a distintos obispos, o las discusiones entre distintas órdenes, pías uniones, congregaciones religiosas? Déjate de lamentaciones estériles pues no es el color del hábito lo que importa, sino el del alma.

¿O, eres, quizá de los incapacitados para ver milagros y los desdeñas, adorando en lugar de a Cristo, a las locas quimeras de la ciencia, un día distintas al siguiente, y siempre cambiantes, que nunca fueron probadas? Si eres de estos, hijo, escucha a un verdadero científico: Tomas E. Murray, miembro de la Comisión de la Energía Atómica de USA.: *Podemos llegar más cerca de la vida a través del constante levantamiento de polvo atómico; damos a este polvo nombre griego para disimular nuestra ignorancia. Pero, aunque progresemos sin cesar en el conocimiento de lo indivisible, nunca podremos contestar, si Dios no los revela, a preguntas tan fundamentales como las de ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Quién es Dios? Ahora que nos es posible ver más allá en el espacio, y en el foco del núcleo del átomo, pudiera decirse que el cuerpo de este mundo se ha tornado más grande. Hablamos frecuentemente de la ciencia como asunto de sistemas cerrados.*

Las ecuaciones matemáticas son la mejor definición de las leyes científicas. Pero la vida y el amor no se cifran en tales ecuaciones. El sacrificio y la generosidad son lo que son, porque son irreducibles a ecuaciones matemáticas, porque el esfuerzo empleado no se equipara al rendimiento. Tener un acto de caridad significa que la reacción es mayor que la acción, y ambas no son una ecuación cuyos términos son equivalentes. Por medio de la virtud el hombre gasta, pero ¿oh maravilla que la física no puede entender!, sigue reteniendo incluso más de lo que gasta. O, dicho de otra forma, todas las cosas que son, fueron hechas por Dios, la atención del hombre nunca ha de enfocarse tanto sobre la ciencia que deje de lado la religión, la cual puede regir nuestra vida de acuerdo con la justa razón y la caridad. Muchos de los conocimientos científicos que hoy conocemos, desde hace muy poco, los conocía nuestro Creador desde toda la eternidad. Eso en sí, sería suficiente para que el hombre se humille.

Si los hombres no revisten la desnuda y fría armadura de la ciencia con los cálidos ropajes de la religión, terminarán haciendo de las máquinas su dios, y de las matemáticas su único dogma. La creciente marea de paganismo en el mundo occidental transformará nuestra civilización en algo gélido y despiadado; tan frío como los espacios inter galácticos; tan despiadado como los átomos que se destrozan unos a otros.

La vida y la cultura requieren la ciencia moderna, pero requieren aún más de las cualidades y virtudes infusas que convierten a la vida en agradable y humana. Hay momentos en que cada uno de nosotros tiene que elevar su pensamiento no solo sobre el torbellino de la materia, sino sobre las plantas y los animales. El hombre necesita apreciar por qué vive y ama y ha de ponerse en contacto con las cosas con las que ha de vivir y hasta por las que de morir.

Las resplandecientes galaxias y los vertiginosos circuitos dentro del átomo no son- a pesar de su realidad- cosas por las que valga la pena vivir o morir. No olvidemos jamás que habremos adquirido la conquista de la materia a un precio demasiado alto, si nos roba aquella humildad, por las que nos es posible observar en cada majestuoso descubrimiento científico los caminos y las leyes marcadas por Dios.

Al no considerar la profundidad de estas cuestiones dichas, cayeron muchos en hacer de la moral una cuestión simplemente ideológica; como un mero cristianismo sin Cristo, cuyo destino está al albur de las propias fuerzas de cada bando en lucha. Contra esta vieja locura, defendida ya en el XIX siglo por León Tolstói, escribió Vladimir Soloviev su clásico texto titulado *Los Tres Diálogos y el Relato del Anticristo*, en la cuál con argumentos que alcanzan, a veces, una luminosidad literaria sin igual, describe la personalidad del Inicuo fundada en esa pretensión del novelista ruso, o sea, en unas costumbres y moral sin necesidad de Cristo: en un nuevo Prometeo, o quizá Sísifo, o sea, uno de los rasgos por lo que reconocerá al Anticristo..

De ahí, que las muchedumbres que fueron católicas ya no crean en la justicia divina. Pero, si no hay ni premio ni castigo, todo sería una especie de teatro donde el mal siempre triunfaría, ahora, y eternamente. Ciertamente que el íntimo anhelo humano de justicia no se alcanza en esta vida, pero si ese deseo existe en el corazón de todo hombre, debe realizarse en algún momento. Ese instante coincide con el juicio particular y el universal. A los ojos de los mundanos, Cristo fracasó en la cruz. Pero con los ojos de la fe es evidente que triunfó resucitando como primicia para los predestinados. Sin esa perspectiva todo esfuerzo y lucha por un ideal está llamado al fracaso más rotundo, en el cual la muerte siempre tendrá la última palabra, sea uno bueno o malvado; ella nos igualaría a todos ¿habrá mayor desesperación para todo viviente racional? El hombre sería la

criatura más infeliz, porque las bestias no tienen conciencia de tal misterio. Pero Cristo resucitó y con Él lo harán a su tiempo sus seguidores. La esperanza del cristiano es la que hizo a los santos sostener su lucha, a pesar de tantos fracasos.

Pues, bien, hijos míos, nos dirá el hasta hoy último Papa válido de la Iglesia, Pío XII: *“conscientes de la tenebrosa audacia de mal que nos acecha en la vida presente, el verdadero discípulo de Cristo no se escandaliza, sino que se siente dispuesto a tener mayor vigilancia, en primer lugar, de sí mismo, y luego de quitada la viga de su ojo, sobre sus propios hermanos. Seguro como está de la promesa de Dios y el triunfo final de Cristo sobre los enemigos, se siente interiormente robustecido contra las desilusiones y fracasos, derrotas y humillaciones, y puede comunicar la misma confianza a todos aquellos a quienes se acerca en su misión de apostolado convirtiéndose de tal modo en baluarte espiritual, mientras da aliento y ejemplo a los que se sienten tentados a ceder y a desanimarse frente al número y a la potencia de los adversarios”*.

Que la Bienaventurada Virgen María nos alcance la gracia de no ser quebrados por el viento recio que sopla contra el Cuerpo Místico de Cristo.